



# EL ECO DE CARTAGENA

AÑO LXIV

DECANO DE LA PRENSA DE LA PROVINCIA

NUM 12.900

## PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

En la Península: Un mes, 2 ptas.—Tres meses, 6 id.—Extranjero: Tres meses, 11'25 id.—La suscripción se contará desde 1.º y 16 de cada mes.—La correspondencia á la Administración.

Redacción y Administración, Mayor, 24

JUEVES 10 DE NOVIEMBRE DE 1904

## CONDICIONES

El pago será siempre adelantado y en metálico ó en letras de fácil cobro.—Corresponsales en París, A. Lorette, rue Caumartin 61; y J. Jones, Fauburg-Montmartre, 81.

## Subsistencias

Es importantísimo el problema de las subsistencias, extendido hoy, desgraciadamente, por las principales poblaciones de España, sin que el Gobierno se preocupe de él con la urgencia que el caso requiere, haciendo un detenido y concienzudo estudio para llegar, siquiera sea en parte, á averiguar las causas que le motivan, para una vez conocidas éstas, tomar energéticas resoluciones, hasta lograr anularlas, haciendo así posible la vida del obrero, á quien se ve languidecer y entregarse vencido, no precisamente por lo que el trabajo le agobia, sino porque lo infimo de sus salarios, unido á los exorbitantes precios alcanzados por los artículos de primera necesidad, apenas si le permiten llevar á casa el pan suficiente para nutrir los estómagos de sus hijos, y entretejer al de él lo suficiente para que al siguiente día le permita volver á la cotidiana labor, y que de este modo no le falte el pedazo de pan con que acallar el hambre.

Cartagena es quizá una de las poblaciones donde presenta más graves caracteres ese terrible problema; la escasez del trabajo, lo reducido de los jornales, comparados con los precios á que se cotizan las materias más indispensables para la vida, los no menores precios vigentes en el alquiler de las habitaciones, en fin, todo contribuye á colocar al obrero en una situación triste y desesperada, sobre todo en una época como la presente en que el invierno viene llamando de puerta en puerta, irguiendo su aterradora figura y sin dar tiempo al pobre, por las circunstancias que atraviesa, para prepararse convenientemente para recibirle.

Nuestro Ayuntamiento debiera preocuparse, cual el caso requiere, de esta importante cuestión.

La situación se está haciendo cada día más insostenible, y en evitación de que pudiera surgir un grave conflicto, la Corporación municipal debe trabajar sin tregua ni descanso para que el abaratamiento de los artículos, lo mismo que el de las habitaciones, sean un hecho, haciendo de esta vida anormal por que atravesamos una nueva vida más desahogada y llevadera.

Para conseguir lo primero debe llegarse, si necesario fuere, hasta el establecimiento de las reguladoras.

Para lo segundo, llevar á la práctica la creación de barrios obreros; para proporcionar á esta clase habitaciones higiénicas, llenas de luz y de aire, y por consiguiente de vida.

Fijense en asunto de tanta importancia nuestros concejales y sobre todo nuestro celoso alcalde señor Sánchez Doménech, de quien confiamos y esperamos algo bueno; y si lo es posible, á la práctica con elto, y está seguro que su paso por la Alcaldía dejara gratísimos recuerdos.

## UNA CONFERENCIA

Como en nuestro número de ayer anunciamos, anoche dió una conferencia el doctor Cándido á los obreros que asisten á las clases nocturnas de las Escuelas graduadas.

Verá sobre la tuberculosis, causas de su propagación y medios de atajarla y durante una hora tuvo pendiente al auditorio de sus labios.

Manifestó, ante todo, que procuraría huir, en lo posible, del tecnicismo, buscando la mayor claridad para que mejor se entendieran los que le escuchaban y dijo que iba á hablar de la higiene, la ciencia de la vida.

Después de definirla expuso sus resultados prácticos.

Dijo que la Naturaleza tiende á vivir, en tanto que nosotros tendemos á acortar la vida, ora por nuestros vicios ora por desatender los preceptos higiénicos.

Expuso que el contagio es inevitable y entrando ya á tratar el tema de la confianza, manifestó que la tuberculosis avanza de un modo pavoroso, habiendo necesidad urgente de atajar sus pasos.

Sujetando la cuestión á números, adujo cifras alarmantes, pues manifestó que durante el año último murieron en Europa tres millones de tísicos, concurriendo nuestra España con cuarenta mil y Cartagena con trescientos cuarenta y dos.

El conocimiento de esa enfermedad es antiguo. Ovidio, que vivió antes de Jesucristo, ya hablaba de la tisis; pero cábele la gloria de haber encontrado su causa al doctor Koch, que en 1892 descubrió el microbio que la produce y la propaga. Dicho microbio es tan pequeño que mide dos milésimas de milímetro, necesitando para distinguirlo un microscopio que aumente los objetos á 600 diámetros.

Significando con los números, dijo que se calcula que un tísico arroja diariamente en los esputos setecientos treinta y cinco millones de microbios y expuso á sus oyentes el inmenso daño que pueden producir esos gérmenes que una vez desecados flotan en el aire mezclados con el polvo.

Sin embargo, para fijar bien en el espíritu de sus oyentes la afirmación de que la Naturaleza tiende á vivir, manifestó que el hombre no está desarmado contra esos elementos de muerte que sin cesar le acechan. Al efecto, dijo que el microbio de la tisis puede penetrar en el organismo por tres vías distintas, por la nariz, por la boca y por la sangre.

A la invasión por la primera se opone el vello de la misma que forma una especie de filtro. A la entrada por la segunda se oponen obstáculos como los dientes, la lengua y la tráquea. Pero aunque logre entrar, incorporándose á la sangre, encuentra en ésta su mayor enemigo, que entabla con él una lucha á muerte para destruirlo. Ese enemigo es el glóbulo blanco.

Si el organismo en que entra el microbio está sano, luchará con ventaja; pero si está debilitado, bien por la predisposición que á la herencia ó por vivir en condiciones antihigiénicas ó por no tener la alimentación suficiente, entonces lo probable es que sea un candidato á la muerte, por la tuberculosis.

La herencia de la tisis no es verdad—di-

jo el señor Cándido.—Lo que ocurre es que de padres tísicos resultan hijos predispuestos á la tisis; pero si viven como los preceptos higiénicos ordenan no morirán de tisis, á menos que la adquieran por propagación.

Como ejemplo de la adquisición por la sangre, cita el conferenciante á una enfermera que cuidaba tísicos. Un día, se le rompió una escupidera, se hirió en una mano y pasados ciento cincuenta días falleció tísica la pobre mujer.

Estudiando la cuestión bajo el punto de vista económico expuso á la consideración de los oyentes las pérdidas tremendas de trabajo que representan para España los miles de tísicos que mueren cada año.

No espera el señor Cándido que sea el Gobierno quien nos redima de la tisis, pero cree que debe exigirse de la corporación municipal el saneamiento de las viviendas y la persecución del fraude en los artículos de alimentación.

Lo demás lo ha de hacer el individuo, solo ó asociado y á eso tiende la Liga antituberculosa de reciente creación.

El conferenciante fué muy aplaudido al concluir, después de ser religiosamente escuchado durante el discurso que á grandes rasgos y en deshilvanados renglones dejamos narrado.

Reciba también nuestra felicitación en suelta.

## LOS REFORMAS DE MARINA

### DESALIENTO

La discusión de las reformas de Marina en el Congreso ha sufrido un aplazamiento pues ha sido sustituida por la del saneamiento de la moneda.

El Gobierno creyó que las reformas que propone introducir en la organización de la Marina pasarían como una seda en la Cámara popular, que era tanto como obtener su definitiva aprobación, pues en el Senado ya se sabe que el Gobierno saca adelante todos sus proyectos.

Pero como se ha visto, la cosa no es tan fácil á pesar de lo poco que interesan las cuestiones de Marina en el Parlamento español, que cada vez más está poniendo de relieve su inutilidad para solucionar los grandes problemas que afectan profunda y directamente á la existencia de la Patria.

En este concepto, el espíritu de rebajamiento se va infiltrando con más fuerza de

día en día en la política española, no roed al costumismo parlamentario y al escepticismo demoleedor.

Es ignominioso lo que ocurre en la política española y en la dirección del país, donde para nada se toman en cuenta las necesidades nacionales y sólo se piensan en debilitar á los institutos armados para hacer con más facilidad la reacción hacia un estado de cosas en el gobierno de España, que costó destruir muchas luchas y mucha sangre, durante una buena parte del pasado siglo.

El desaliento en la Marina es grande y se recuerda el período de abandono en que se mantuvo á la Armada todo el reinado de Fernando VII, en el que sólo se pensó en adquirir buques para hacer el negocio de los «cabezas nuyos rusos», barcos carecidos y de desecho, que fueron la espultura en mares tormentosos de cuantos los tripulaban, sacrificados á sabiendas.

Ahora como entonces se quiere poseer Marina y mal pagada, sin atreverse los gobernantes á darle el golpe de misericordia, rematándola de una vez y disolviéndola en servicio que en esas condiciones no sirve para nada, á no ser para hacer arrastar una vida de «villanías» á los que han tenido la mala fortuna de ingresar en un instituto militar cuyo cometido no se ha sabido nunca apreciar como se merecen en España.

Día, sin embargo, llegará y no lo creamos lejano, dado el ego que la política internacional está tomando, en que se ojea de ver el crimen de lesa patria, que ahora se comete, malgastando el tiempo y los recursos que debieran dedicarse á fortalecer la defensa naval de este país, que principalmente por el mar ha de ser agredido.

Entonces, las reprimendas serán en balde y tardías, y sólo quedará á los españoles el recurso, después de pasar por cuantas humillaciones se les impongan, de revolverse, como ya se ha hecho otras veces, contra los que sacrificando extorricamente sus vidas en defensa de la Patria, resultaron vencidos por falta de medios para combatir contra enemigos superiores, que se ocuparon en tiempo oportuno del fortalecimiento de su Marina; mientras nosotros rehusamos hacerlo, distraídos en la satisfacción de necesidades muy secundarias y en restablecer un régimen en la política del país, propio de los tiempos medievales.

—Quisiera solamente pedir un pedazo de pan para mi hijo ó ir á dormir más lejos.  
—Quiero que duermas allí.  
La mendiga dijo con voz apenas inteligible que obedecería. Francisco la examinó atentamente.  
—Ta cara no me gusta mucho, pero yo estaré alerta. ¿Me conoces? pues ¡unidad conmigo!  
Y marchó á reunirse con el viajero que no se había apercibido de aquella corta conferencia. La mendiga permaneció pálida y temblorosa en el mismo sitio.

á caballo, y mis piernas empiezan á entumecerse. Voy á apearme un rato para estrirlas.  
—Como gustéis respondió el viajero.  
El buhonero había echado pié á tierra con una agilidad que probaba una gran mejoría en su estado. Dejó á su compañero proseguir su camino y acció el paso como para dar lugar á la mendiga á que se le reuniese.  
La pordiosera advirtió la maniobra, y sintió una especie de estremecimiento, pero continuó avanzando y procurando consolar á su niño, que lloraba por lo bajo.  
Cuando Francisco la vió cerca, se aproximó á ella con mucha naturalidad y la dijo rápidamente:  
—¿No te llamas la «Virulosa», y no te he encontrado ya otra vez en la posada del Llano?  
—Sí,—contestó con embición la mendiga.  
—¿Ea decir, que eres de las nuestras?  
—Ei.  
—¿Qué prueba me das?  
La mujer pronunció algunas palabras extravagantes que debían ser una contraseña.  
—Basta. Entonces girás á pedir albergue á la casa del hombre del Breuil?

posada sus pasaportes, que yo recogí para devolverlos: esto es lo que ha pasado.  
—Es muy posible. Me ha parecido, sin embargo que las señas... tal vez me he equivocado. Al menos ciudadano Francisco, ¿tendréis domicilio?  
—¿Cómo he de tenerlo? yo no estoy jamás dos días seguidos en un mismo punto; paso la noche en las alquerías, donde tienen á bien darme hospedaje, y alguna vez en las posadas, cuando no puedo pasar por otro punto, porque las posadas son caras para los pobres como yo.  
—¿Pero tendréis alguna localidad predilecta, aquella en que habéis nacido ó donde está vuestra familia?  
—No tengo familia, ciudadano; he pasado la infancia en las cercanías de Muns, pero ya no queda allí nadie que se acuerde de mí, y no tengo motivos para que sea ese mi país á cualquier otro.  
—Os compadezco, amigo mío, si no tenéis nadie á quien amar, ni sois amado de nadie. ¿Pero estaréis casado tal vez?  
—Estoy casado,—respondió lacónicamente Francisco.  
—¿Y dónde reside vuestra mujer?  
—Ejerce la misma profesión que yo. De tiempo en tiempo nos vemos en puntos distintos... Pero decid-